

LA GUERRA EUROPEA



L. BRU
NET

Ayuntamiento de Madrid

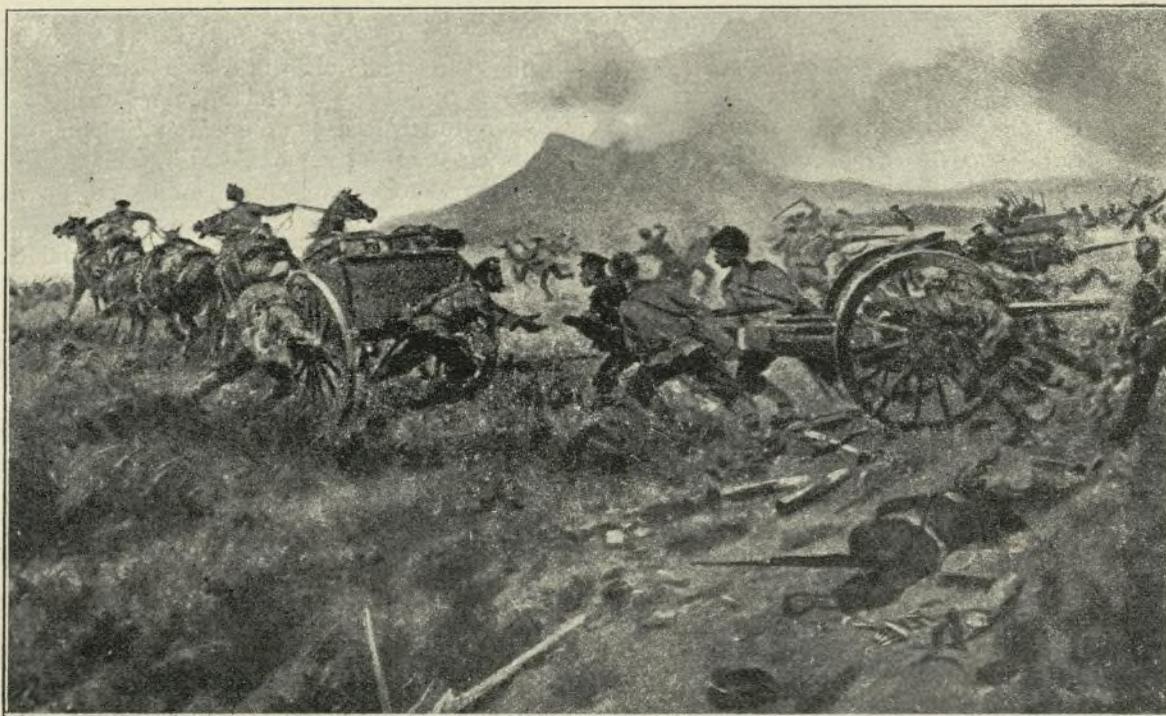
NUM. 13

COSACO DEL DON

50 CENTS.

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 13.—BARCELONA 14 DE OCTUBRE DE 1914



La artillería rusa tomando nuevas posiciones en la batalla de Soldau

EL MILITARISMO Y EL IMPERIALISMO ALEMANES

Un día y otro, con una constancia digna de mejor causa, se propaga y extiende bajo todas las formas y por todos los medios, que los motivos reales de la presente guerra no son otros que el militarismo y el imperialismo de Alemania. El público ha llegado a creerlo, y se imagina que los franceses, ingleses, rusos y demás aliados eran mansos corderos que tuvieron que vestir la piel de león para defenderse de la rapacidad de nuevos conquistadores.

Ninguna potencia del mundo está tan obligada como Alemania a defender y garantizar militarmente su territorio, porque ninguna otra—salvo Austria—se encuentra en una situación tan azarosa, interpuesta entre otras grandes naciones. Rusia sólo ha de preocuparse, hoy por hoy, por sus fronteras del S. O. El peligro de Francia sólo reside en la frontera del E. El de Inglaterra es imaginario en tanto subsista su flota. Italia no ha de atender más que a su región septentrional; y así, las demás potencias; de suerte, que Alemania y Austria han de estar preparadas para hacer frente a las acometidas que puedan dirigírselas desde todos los puntos de sus contornos, lo cual les obliga a extremar sus precauciones militares. Buena prueba de ello es lo que está aconteciendo ahora, en que el centro se defiende desesperadamente contra casi todos los puntos de la circunferencia. ¿Se querrá que Alemania cierre sus ojos al peligro, y se atreverá nadie a inculparla, con

justicia, porque se ha preocupado de ponerse en condiciones de seguridad? ¿Se pretenderá que se mantenga desarmada mientras sus enemigos se aperciben a aplastarla cuando les venga en gana? Quédesse ésto para los líricos y los fanáticos.

Veamos, no obstante, hasta dónde llega el militarismo alemán. Alemania con una población de veinte millones de habitantes más que Francia, mantiene en tiempo de paz un ejército sensiblemente igual al francés, y en tiempo de guerra sus tropas son poco más numerosas que las francesas. ¿De qué lado está el militarismo, del lado de Francia o de Alemania? Austria, en situación geográfica mucho más expuesta que Italia, tiene en paz un ejército casi igual al italiano, y los efectivos de guerra de ambas potencias difieren muy poco, no obstante estar mucho más poblada Austria. ¿De qué lado está el militarismo? Inglaterra, que no tiene nada que temer en tanto flote su escuadra, dispone en tiempo de paz de un ejército superior al de todas las potencias de segundo orden, sin contar, por supuesto, con las tropas británicas, aparte de las indígenas, que hay en la India, Gibraltar, Malta, colonias, etc.; ¿tampoco hay militarismo en Inglaterra? Pero, se dirá, el militarismo no consiste en el número de soldados, sino en la organización social, en el espíritu de la sociedad. Esto no son más que palabras, con las que se engaña al vulgo, pero que carecen de la más leve

consistencia. Cualquiera que haya residido en una gran ciudad, habrá tenido mil ocasiones de tratar a extranjeros, y observado que entre todos ellos los alemanes y los rusos son los menos jactanciosos, los más humildes, los que más y más pronto se doblegan y acomodan al medio ambiente, mientras que el inglés se presenta siempre dominador, altivo, persuadido de superioridad, y el francés mira con gesto compasivo todo lo que no sea de su país. El alma popular es la que forma el alma nacional, y por eso la nación inglesa es dominadora, imperialista, y lo es también, aunque en menor escala, Francia; mientras que Alemania lo es artificialmente, por la necesidad de existir y de luchar en los combates de la paz. Lo que tiene Alemania es un espíritu muy arraigado de orden, de disciplina, de organización, cualidades que se reflejan en sus instituciones militares; y cualidades que desplegaría sin esfuerzo también Inglaterra si su inmenso poderío no le permitiera atender a su seguridad sin necesidad de más sacrificio que el económico. Alemania, nación pobre, ha tenido que agrupar y organizar sus energías para tomar parte en la actividad humana; mientras no lo consiguió, nada representó fuera de Europa, y ahora que empezaba a seguir la senda que le trazaron hace siglos ingleses y franceses se le culpa de imperialismo y militarismo; en todo caso, no ha hecho más que aprender y perfeccionar lo que se le ha enseñado y está escrito, con caracteres indelebles, que no bastarán a borrar todos los esfuerzos de los sofistas y fanáticos, en la historia del mundo.

Que Alemania se apoderó de Alsacia y Lorena... ¿Acaso la Lorena no fué siempre alemana? Si no fuéramos tan soberbios o tan incautos y quisiéramos repasar la historia, no tardaríamos en convencernos que si tratásemos de rectificar las fronteras de los diferentes Estados según las condiciones étnicas, geográficas e históricas, habría necesidad de borrar el mapa del mundo y reconstruirlo de nuevo. La nación que se considere limpia de pecado en ésto de las anexiones, que lance la primera piedra.

En los tiempos actuales, en nuestros mismos días, las únicas expediciones guerreras que ha realizado Alemania más allá de sus fronteras han sido la de los hereros y la de la China, esta última de concierto con las demás grandes potencias. Las otras posesiones en Asia y Africa las ha conseguido pacíficamente. Veamos los casos de Francia y la Gran Bretaña. En Francia tenemos el caso de Argelia, el de Marruecos, el del Senegal, el de Madagascar, el del Tonkín, el de la China y la tentativa contra Egipto. Inglaterra nos presenta el de los boers, el de Egipto, dos veces, el del Thibet, los de la India... ¿Todavía sigue siendo imperialista Alemania? ¿Son aun pacifistas Francia y la Gran Bretaña?

Pero si Alemania es militarista, ¿qué será Francia con un ejército igual al de su enemiga, y qué será Inglaterra? La tendremos que llamar marinerista. La pujanza de la escuadra inglesa ha sido la causa de que Francia, primero, luego Rusia, más tarde los Estados Unidos y Japón, finalmente Alemania, y en último término todas las demás naciones, tanto de Europa como de América, se hayan visto en la necesidad de construir formidables barcos, de vida efímera, gastando millonadas en armamentos que se marchitan en los mares y en los puertos. Admitien-

do—lo que no es verdad, según antes se ha demostrado—que el militarismo alemán haya obligado a aumentar los gastos militares de las naciones, ¿no ha obligado el marinerismo británico a aumentar los gastos navales, de fines menos educadores y que se concentran en beneficio de menos manos que los militares, de los otros países? ¿Es que vamos a reprochar a uno lo que en otros nos parece plausible? Pero, se dirá, Inglaterra necesita su escuadra, porque sin ella no tardaría en disiparse su poderío y acabaría por desaparecer; muy cierto; pero de la misma manera, sin ejército Alemania no tardaría en disiparse su poderío y acabaría por desaparecer. Y sin ejército le sucedería lo mismo a Francia, y exactamente a todos los demás Estados. ¡Oh, es que Alemania ha querido rivalizar con Inglaterra en fuerza naval, a pesar de tener menos costas y posesiones! ¿No estaba en su derecho? ¿Acaso cada cual ha de hacer lo que quieran los otros aunque no le conveniga o le sea perjudicial? ¿porqué Francia ha querido rivalizar con Alemania, en poderío militar, teniendo menos fronteras y ocupando una situación menos peligrosa?

Desengañémonos. Cada nación, sea Alemania, sea Francia, sea Rusia, hace lo que puede por su propio engrandecimiento, observando la misma conducta que las personas y las ciudades y las comarcas. Si sobrevienen conflictos entre patronos y obreros, y entre la industria y el comercio, y entre ambas y la agricultura, y entre regiones de un mismo país ¿cómo extrañarse de que estallen entre países diferentes?

No es cuestión de nombre. Tanto son los alemanes, como los franceses, como los ingleses, como los rusos, como los americanos. Todos están a la misma altura, y el reproche que se puede dirigir a uno de ellos cae con la misma fuerza sobre los demás. Todos son culpables, según como se miren las cosas, y todos son dignos de alabanza según como se las considere. El engrandecimiento de una fortuna personal, de una industria, de un pueblo, de una comarca, de una nación, produce siempre necesariamente un cierto desequilibrio que se llama huelga en unos casos, atropello en otro, pleito en varios, regionalismo, separatismo..., y finalmente guerra cuando el conflicto adquiere el carácter más grave y extenso; pero siempre la razón íntima es invariable.

Los únicos libres de pecado son los pueblos débiles, pobres, los que no se preocupan de su porvenir, los que yacen absorbidos por el pesimismo; pero su inculpabilidad no es un mérito, sino hija de la impotencia. Cuando alguno de esos pueblos fué poderoso, obró ni más ni menos como obran ahora los fuertes; son tantos los ejemplos, que no se acabaría nunca de citarlos.

Los que no se convencen con razones, que son los más, todavía argüirán que en ningún país del mundo goza el ejército de un prestigio y una consideración tan grandes como las que rodean al ejército alemán en su patria. Si esto es militarismo y vituperable, tendremos que concluir que lo que se desea es la supresión o la anulación del brazo armado del pueblo, del ejército. Dígase claro y nos entenderemos.

Por lo demás, lo que acontece en Alemania con sus tropas, sucede también con las universidades,

con la industria, con todas las ramas de la actividad, a las que se ha llevado el orden, la solidaridad y la disciplina. Estorba a los demás esa fuerte organización, y para crear atmósfera contra ella se valen del tópico militarismo. Pero, en el fondo, no hay más que la fábula conocida: decía la zorra que estaban verdes, esto es, que eran malas, porque no podía alcanzar las uvas, dígame, comerse el comercio y las colonias alemanas. A bien que éstas tiene buen cuidado Inglaterra de irselas apropiando poco a poco, sin duda porque de esta manera defiende mejor la neutralidad de Bélgica; jésto si que es un ejemplo palpable de imperialismo en acción, que todavía los ilusos, los que se pagan de cuatro frases hechas, se empeñan en no ver!

Concluyo pidiendo, como en el foro, que haya un poco de justicia y de equidad en los juicios; pero así como en el foro rara vez entra la pasión y el sentimentalismo, esos perniciosos factores son los que suelen servir de fundamento en la apreciación de los acontecimientos mundiales, por lo que declaro que no tengo la menor esperanza de modificar el estado ficticio de opinión que se ha formado en favor de unos o de otros beligerantes. Todos son iguales, y cada uno de ellos ha obrado según diferentes caminos, pero persiguiendo el mismo fin y un objetivo único: su engrandecimiento.

SUBRIO ESCÁPULA.

EL COMBATE DE MEAUX DURANTE LA RETIRADA DE LOS ALEMANES

El diario inglés *The Daily Mail*, publica el siguiente relato, que le ha enviado su corresponsal en el teatro de la guerra de Francia; está fechado el 9 de septiembre, junto a dicha ciudad:

«Desde la verde cumbre de la altura se goza de una excelente vista de la batalla, porque se está desarrollando alrededor de la eminencia. Se ve una batería francesa en aquel bosque de la derecha, y se sienten, más que se oyen, los estampidos de sus descargas. Desde unos 3 kilómetros al otro lado del Marne, oculta por los espesos bosques que lo tapan todo, replica una batería alemana. Es como una especie de juego alternativo. Estampido, estampido, estampido, estampido de los cañones franceses, y pocos segundos después, cuatro blancas nubecillas de humo aparecen a lo lejos sobre el bosque, y se oye confusamente el estallido de las cuatro explosiones. Ahora les corresponde el turno a los alemanes. Sus cañones distan tres kilómetros; hay un momento de inquietante y emocionante silencio — inquietante porque podrían haber variado su alcance — y enseguida sobre el bosque en que se encuentra la batería aparecen las nubecillas de las granadas que estallan; resuenan como los golpes de un titán sobre un gigantesco escudo reforzado con hierro.

«Estamos todavía cerca de Meaux, pero las granadas alemanas ya no caen, como ayer, cerca de los arrabales de la ciudad. En esta ala, por lo menos, el enemigo se retira. Pero esta ala no es más que el extremo de la media luna que forma la gran línea de batalla, que se prolonga desde aquí, en Meaux, a unos 40 kilómetros de París, hasta la frontera de Alemania, cerca de Verdun.

»Hoy hemos visto cómo los cañones alemanes cubren la retirada de su ala derecha, mientras la artillería francesa replica y la infantería francesa avanza para precipitar la retirada del enemigo.

»Meaux era aun una ciudad desierta y de calles vacías cuando hemos llegado esta mañana, pero los zapadores franceses han echado un puente de fortuna sobre la brecha del viejo puente destruido, cuya construcción data del año 800, y que había resistido a todas las guerras de Francia desde el siglo XVI, y ha perecido en la presente, y hemos podido tomar el auto para pasar el río. Solamente cuando ya estábamos sobre el puente, los zapadores nos han preguntado cuánto pesaba nuestro coche, porque, por las trazas, lo han tomado con mucho interés como carga de prueba para comprobar la resistencia del puente.

»Hemos dejado atrás rápidamente la ciudad, con sus muros señalados por el choque de las balas, y descendido por las suaves laderas. Nos hemos dirigido primero hacia el puente de Trilport, a unos cinco kilómetros de distancia, sobre uno de los brazos del Marne, pero el puente había sido destruido, aunque tal vez ha sido reparado ya. En el camino hemos encontrado un grupo de campesinos: «No hay puente en Trilport — nos han dicho — y si Vdes. siguen hacia allí tal vez se les haga fuego; a nosotros nos han disparado esta mañana.»

»Les aseguramos, aunque sin estar convencidos, que los alemanes ya no estaban en Trilport, y continuamos, aunque con precaución, deteniéndonos a reconocer la ciudad con la ayuda de los gemelos antes de llegar a ella. Sí, efectivamente, el puente ha sido destruido, por donde pasaba el ferrocarril, y sólo queda a través de la brecha un solitario riel. Entre los restos del puente, en el agua, aparece a un lado y medio hundido un automóvil cerrado.

«Había tres alemanes en él — explica un centinela francés, que está apoyado en el parapeto al otro lado de la brecha — dos soldados y un oficial; no sabían que el puente había sido minado y entraron en él a toda velocidad, marchando hacia Meaux, cuando de pronto, estando ya allí — y con un movimiento de su mano indicó la probable trayectoria del auto por el aire hasta hundirse en el río — fué una delicada sorpresa la que tuvieron», añadió el centinela de buen humor.

»Retrocediendo otra vez hacia Meaux tomamos otro camino hacia la ceja en que estaban apostadas las baterías francesas. Vimos los carros de municiones situados en el revés de la cumbre. Algunos más se les iban reuniendo, y para evitar que nos encontraran en el estrecho camino que seguíamos dimos un amplio rodeo.

»La aldea de más allá, Penchard, estaba llena de tropas y carros de municiones y de ambulancia. Pusimos el coche sobre un estrecho camino que conducía a la altura. A través de los campos cubiertos por la hierba se veía una larga fila de hombres polvorientos y fatigados. Además de fusiles, llevaban grandes palas y zapapicos, regresaban de la línea de fuego y se dirigían a Meaux en busca de alimentos.

»Por fin vimos, en la margen opuesta, una verdadera línea de fuego. Las altas colinas caen rápidamente hacia el caserío de Chambéry, debajo de nosotros. La batería de que antes he hablado, se encuentra ahora en el bosque a nuestra derecha. La



Dragones alemanes en exploración, redactando un itinerario

línea de fuego de los zuavos se desarrolla en una cresta alrededor del pueblo, y detrás de ella, un poco más abajo, hay densas líneas de reservas cubiertas en trincheras. Es un espectáculo enteramente típico de la batalla moderna, porque apenas se ve nada. Si no fuera por las granadas que estallan a nuestra derecha y por el ruido de los fusiles, de vez en cuando se podría suponer que las líneas de capotes azules que descubrimos están descansando a la sombra, huyendo de los ardientes rayos del sol.

»Cuando algunos de ellos se mueven, más bien parece que pasean en vez de correr, como si no se dieran cuenta de que los artilleros alemanes del otro lado del Marne procuran derramar la muerte sobre ellos. Únicamente en el cinematógrafo o en las muy raras ocasiones de un combate a corta distancia se presencia un movimiento tan dramático de la tropa. Por una parte están demasiado cansados para correr, y por otra, ¿qué se sacaría de precipitar el paso cuando una granada puede llegar de un momento a otro a un punto que es imposible de prever?»

»Paseamos con los oficiales de la compañía que están planeando un avance, mapa en mano. Han conquistado el pueblo en que ahora nos encontramos, aquella misma mañana, pero a costa de tremendas pérdidas. «De los 220 hombres de mi compañía — dice un capitán — sólo quedan 100. De nuestros cuatro oficiales, dos han sido heridos y uno muerto. Yo he quedado sólo para el mando.» Siempre la misma historia: las ametralladoras alemanas. «Su tiro parece que siega el campo como una navaja — dice el capitán. — Parece imposible que pueda quedar un sólo hombre vivo. Mis hombres caían a mi derecha y a mi izquierda. A cualquier punto que se mire, verá V. hombres muertos y heridos»

»A nuestro alrededor y en una distancia de tres kilómetros, más allá de Chambery, yacen multitud de cuerpos. Alemanes y franceses mezclados, muertos entre los trigos, muertos en los rastrojos, muertos en las huertas, en las zanjas, en los bosques. Caballos también en todas partes, con una pata alzada al aire; bueyes derribados por las granadas. Todo el campo que descubrimos, radiante bajo el dorado sol, da la fatídica impresión de la muerte».

EL MISTERIO DE NAMUR

Con este título una correspondencia de Ostende da a conocer los interesantes pormenores de la toma de aquel campo atrincherado por los alemanes; dice así:

Los motivos de que Namur no haya presentado una tenaz resistencia a los ataques alemanes continúa siendo objeto de incesantes investigaciones, y los relatos de los sobrevivientes de la guarnición, llegados aquí, acaban de aumentar el interés. Como es sabido, Namur estaba protegido por fuertes modernos y poderosos que habían sido reforzados sólidamente en las tres semanas últimas, gracias a la heroica resistencia de Lieja, por toda clase de medios. Se consideraba fuera de duda que el sitio de la plaza ocuparía a los alemanes largas semanas, pero en realidad cayó al primer ataque.

Con arreglo a la opinión general, basada en lo que han contado los individuos de la guarnición, el cuartel general de Namur incurrió en dos errores: primero, permitir que el enemigo se acercara dema-

siado, sin atacarle; segundo, aguardar sobradamente la ayuda de los franceses. Durante una semana, las fuerzas belgas esperaron a orillas del Mosa sin moverse, mientras los alemanes, en la margen izquierda preparaban su ataque, creyendo aquéllos que cada día que transcurriera ganaban un paso en el camino de la victoria.

De hecho, en aquel tiempo los alemanes estaban ocupadísimos con el transporte de la artillería de gran calibre, cuya existencia se ha ignorado hasta que la han descubierto los acontecimientos de la presente guerra. Instruidos por sus pérdidas ante Lieja, en lugar de lanzar sus regimientos contra Namur, los alemanes prefirieron aguardar la llegada de esos cañones, cuyo transporte, así como los movimientos de las tropas, quedaron ocultos por una cortina de diestra caballería.

El general Michel y su cuartel general han sido muy censurados por su inacción en este período. A cubierto de la niebla, los alemanes montaron sus nuevos cañones de sitio, en número de 32, en dos posiciones, desde las que podían concentrar sus fuegos sobre un solo sector de la defensa. Se colocaron a cinco kilómetros de las trincheras belgas y por consiguiente, fuera del alcance de los cañones enemigos (1).

Uno de los defensores ha relatado así la defensa:

Sin preocuparse de los fuertes, los alemanes comenzaron por centrar su lluvia de acero contra nuestras trincheras. Durante diez horas nuestros bravos compañeros soportaron ese terrible fuego sin poder disparar un tiro. Todo aquel que sacaba la cabeza sobre el parapeto era muerto. Las pérdidas entre los oficiales fueron terribles, y poco a poco los soldados, privados de sus oficiales, se desmoralizaron, y se desbandaron en huida: fué un sálvase el que pueda,

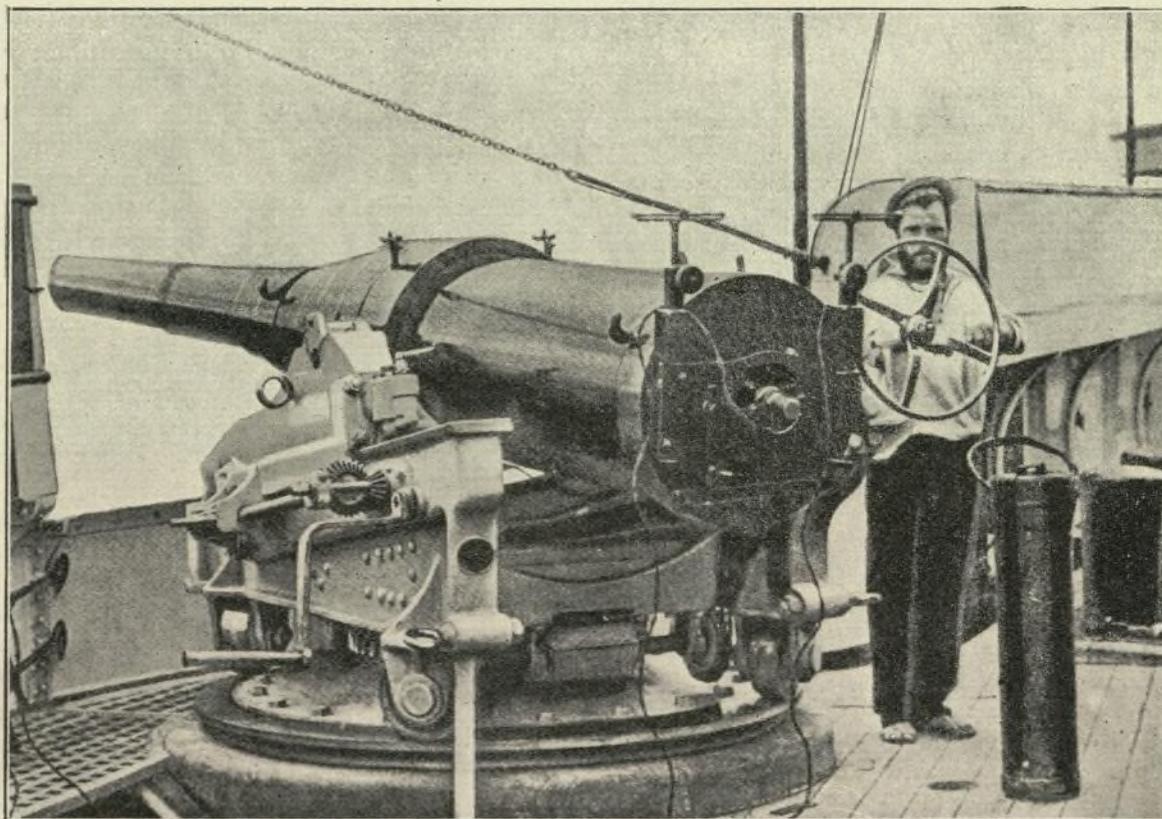
(1) Exageración disculpable en los belgas, pero inadmisible. (N. de la R.)

Entre tanto, varios cañones alemanes habían sido apuntados contra los fuertes. Armados con cañones antiguos de mucho menor calibre, nuestros fuertes sólo podían oponer una débil resistencia, y el fuerte de Maizeret, de hecho, sólo pudo disparar 10 cañonazos, mientras que recibió nada menos que 1,200, disparados a la velocidad de 20 por minuto. En el de Marchovelette, 75 hombres fueron muertos en las baterías, y ambos fuertes se rindieron pronto. Las demás obras, sin embargo, continuaban resistiendo cuando el ejército abandonó la plaza.

Tal era la confianza del general Michel y su cuartel general en la eficacia de la fortaleza, que no había sido prevista la eventualidad de una retirada, por lo que sobrevino gran confusión. El estrecho camino se llenó de hombres, caballos y vehículos, que huían como un torrente.

Nuestra línea de retirada se dirigía a Saint Gérard, donde se esperaba encontrar la brigada francesa que se había pedido a Dinant como refuerzo nuestro. Pero tuvimos desengaño tras desengaño. Los franceses, aplastados en Dinant, se habían visto obligados a retroceder hacia Morville y apenas nos pudieron enviar dos regimientos, que bravamente se abrieron camino para reunirse con nosotros no lejos de Namur, aunque muy reducidos en sus efectivos.

Nuestros generales también creían que la voladura de los puentes del Zambes bastaría para detener la persecución del enemigo, pero los alemanes, moviéndose más deprisa que nosotros, nos cortaron la retirada cerca de Bois-les-Villers. Por fin pudimos abrirnos paso, pero a ¡qué precio! Arrastrándonos por los campos con las filas rotas, los regimientos completamente mezclados, nuestras tropas prosiguieron su retirada, siempre perseguidas, siempre acosadas, y hasta que llegamos a Philippeville no fué factible organizar, ordenar las tropas y reorganizarlas. Al si-



Parte de la batería de mediano calibre de un crucero ruso

guiente día continuaron su retirada, que ya fué ejecutada en buen orden, por el camino de Hirson, Laon, Amiens a Ruán, a donde llegamos después de una marcha de siete días.

Como el Gobierno belga estaba anhelante de concentrar todas sus fuerzas en Amberes, fuimos enviados desde Ruán al Havre, donde embarcamos en algunos buques y desembarcamos en nuestras mismas costas.

Tales han sido los sufrimientos de la cuarta división belga. La guarnición de Namur y las tropas enviadas a ocupar los intervalos entre los fuertes ascendían a 26,000 hombres. De ellos sólo han vuelto al territorio belga 12,000, de modo que incluyendo los heridos y enfermos dejados en los hospitales franceses, los combates de Namur costaron a Bélgica 14,000 hombres.

La correspondencia que antecede ha sido comunicada por una agencia francesa.

LAS OPERACIONES DEL EJÉRCITO INGLÉS DESDE EL 6 AL 13 DE SEPTIEMBRE

En lugar de seguir dando publicidad a los partes oficiales del general French, el Gobierno británico da ahora a conocer las operaciones de su ejército de Francia por medio de extractos redactados por un oficial agregado al cuartel general del expresado comandante en jefe, oficial que está encargado exclusivamente de redactar los partes destinados al público; los comunicados relativos a las jornadas del 6 al 13 inclusive, rezan así:

«El día 6 de septiembre, el avance hacia el S. del ala derecha alemana alcanzó sus puntos extremos de Coulommiers y Provins, habiendo penetrado las avanzadas de caballería hasta un poco al S. de Nogent-sur-Seine. Este movimiento fué cubierto por una fuerte masa flanqueante al O. de la línea del río Ourcq, vigilando las defensas exteriores de París y las fuerzas de los aliados que pudieran destacarse de ellas. El movimiento hacia el S. del ala derecha enemiga, la colocó en una posición comprometida, por lo que tuvo que evacuar la línea Creil-Senlis-Compiègne, por la que había llevado el avance.

Los aliados atacaron esta ala expuesta, tanto de frente como de flanco, el día 8. La fuerza cubridora fué atacada por el ejército francés apoyado en París, y la acción se prolongó por la línea Nanteuil-le-Haudouin-Meaux. La principal porción de la derecha enemiga fué atacada de frente por el ejército británico que había sido conducido del N. de París al E., y por los cuerpos franceses que avanzaban a lo largo de la línea Crécy-Coulommiers-Sézanne.

Las operaciones combinadas han tenido pleno éxito hasta el presente. El flanco exterior de los alemanes ha sido empujado hasta la línea del Ourcq, donde realiza una vigorosa defensa y ejecuta varios contraataques, aunque no ha podido contener la presión de los franceses. El principal cuerpo de la derecha enemiga se esforzó en vano en defender la línea del Gran Morin primero y luego la del Pequeño Morin.

Rechazado de ambos ríos y amenazado por su derecha, gracias a la derrota de la fuerza cubridora por la izquierda de los aliados, la derecha alemana se re-

plegó sobre el Marne el 10 de septiembre. El ejército británico con una parte de las tropas francesas a su izquierda, cruzó este río cerca de Chateau-Thierry, movimiento que obligó a la tropas enemigas al O. del Ourcq, ya atacadas por los cuerpos franceses que formaban la extrema izquierda de los aliados, a ceder terreno y retirarse hacia el NE. en la dirección de Soissons.

Desde el día 10, toda el ala derecha alemana ha retrocedido en considerable desorden, estrechamente seguida por las tropas francesas e inglesas. Seis mil prisioneros y 15 cañones fueron capturados en las jornadas del 10 y 11, y el enemigo está prosiguiendo su rápida retirada sobre el Aisne, evacuando la región de Soissons. La caballería británica está hoy en Fismes, no lejos de Reims.

Mientras la derecha alemana ha sido rechazada y puesta en desorden, los ejércitos franceses más al E. se han empeñado fuertemente contra el centro enemigo, que ya ha retrocedido hasta Vitry. Entre el 8 y 10 nuestros aliados no pudieron conseguir nada al O. de Vitry. Pero el 11 esta porción del ejército alemán comenzó a replegarse y abandonó Vitry, formando la línea de batalla enemiga un saliente bajo el impulso de las tropas francesas entre el Alto Marne y el Mosa. Las tropas francesas están persiguiendo al enemigo y arrojándole al N., hacia la región de bosques de les Argonnas.

El tercer ejército francés refiere hoy (día 16) que ha capturado toda la artillería de un cuerpo enemigo, presa que probablemente representa 160 cañones (noticia no confirmada). El enemigo está pues en retirada a lo largo de toda la línea al O. del Mosa, y ha padecido gravemente en su moral, y sufrido duras pérdidas en personal y material.

Desde el 10 de septiembre, el ejército ha realizado nuevos progresos (parte del día 14) y trata de repeler al enemigo en cooperación con los franceses. La comarca en la que tuvo que abrirse camino y ha de continuar su marcha después es ondulada y cubierta por espesos bosques. En el área que hace frente al ejército británico antes que comenzara el avance, recto hacia Laon, el hecho de más importancia táctica es que hay seis ríos que cortan la dirección del avance, en todos los cuales los alemanes han procurado presentar resistencia.

Son, por orden, a partir del S., el Marne, el Ourcq, el Vesle, el Aisne, el Ailette y el Oise. El enemigo se mantenía en la línea del Marne, que fué cruzado por nuestras tropas el día 9 como puramente operación de retaguardia; nuestro paso sobre el Ourcq, que corre casi directamente de E. a O., no fué disputado; en el Vesle hizo ligera resistencia; pero la defensa a lo largo del Aisne, tanto contra las tropas británicas como contra las francesas, ha sido y sigue siendo muy tenaz.

Las operaciones se desarrollaron en las jornadas del 11, 12 y 13 del modo que sigue: El día 11, apenas tropezamos con oposición en ningún punto del frente, y la dirección del avance fué, con objeto de participar en las operaciones de nuestros aliados, ligeramente hacia el N. E. El día se empleó en avanzar, y destruir varios destacamentos enemigos, y, al caer la noche, nuestras tropas habían alcanzado la línea al N. del Ourcq, extendiéndose desde Oulchy-

le-Chateau a Long-Pont. Aquel día los franceses también realizaron un avance general que terminó con positivos éxitos, siendo arrojado atrás una parte del cuarto ejército, mandado por el duque Alberto de Wurtemberg, siendo capturada toda la artillería de un cuerpo de ejército alemán y cogidos varias banderas. En dicha jornada se pusieron de manifiesto las ventajas ganadas por los aliados en la jornada del día 8, cuyo efecto moral ha sido enorme. Una orden fechada el 6 o 7 de septiembre y dictada por el comandante del VII cuerpo de ejército alemán cayó en nuestras manos, y en ella se manifestaba que iba a ganarse el gran objetivo de la guerra desde el momento que los franceses aceptaban la batalla, y que del resultado de dicha batalla dependía la suerte de la guerra y el honor de los ejércitos alemanes.

Parece probable que los alemanes, no solo creían que el ejército británico estaba incapacitado para asumir la ofensiva por algún tiempo, sino que contaban que los franceses habían retrocedido hasta la línea del Sena; de modo que, aun cuando sorprendidos al ver que los franceses volvían a avanzar apenas cruzó el enemigo el Marne, no desistieron de realizar un grande esfuerzo.

El día 12, el enemigo ocupó una fuerte posición frente a nosotros, en la margen N. del Aisne. En Soissons tenía ambas orillas del río y ocupaba una línea atrincherada en las alturas del N. De los ocho puentes de carretera y dos de ferrocarril que cruzan el Aisne en nuestra sección de ataque, siete de los primeros y los dos últimos han sido destruídos. Moviéndose de O. a E., nuestro tercer cuerpo de ejército ganó una porción de terreno al S. del Aisne que domina el valle de este río al E. de Soissons. En este lugar se empeñó un vivo duelo de artillería entre nuestros cañones y los de los franceses a nuestra izquierda contra la artillería enemiga situada en las alturas, no cesando el cañoneo hasta cerca de media noche. El enemigo tenía gran número de obuses en posiciones ocultas. El movimiento de dicho cuerpo de ejército fué ejecutado de concierto con el 6º ejército francés a nuestra izquierda, el cual conquistó la mitad S. de la ciudad durante la noche. El segundo cuerpo de ejército no cruzó el Aisne.

El primer cuerpo de ejército marchó al Vesle, al S. del Aisne, después de haber asegurado el paso la primera división de caballería, y alcanzó una línea al S. del Aisne, prácticamente sin necesidad de combatir. En Braine, la primera división de caballería tropezó con fuerte resistencia de una columna de infantería y ametralladoras que estaba en la ciudad y guardaba el puente. Con el auxilio de parte de nuestra infantería se apoderó de la ciudad a mediodía, arrojando al enemigo hacia el N. Fueron cogidos un centenar de prisioneros, y los alemanes arrojaron gran número de proyectiles de artillería al fondo del río, que sólo tiene una profundidad de sesenta centímetros. A nuestra derecha, los franceses llegaron a la línea del río Vesle.

En dicho día comenzó la batalla a lo largo del Aisne, batalla que no ha concluído y que puede ser nada más que un combate de retaguardia en gran escala o bien el principio de una batalla de mayor importancia. En la tarde del día 12 llovió torrencialmente, lo mismo que durante toda la noche, lo cual dificultó mucho los trasportes.

El 13 tropezamos con una resistencia sumamente fuerte en todo el frente nuestro, que media unos 22 kilómetros de desarrollo. La acción consistió principalmente en un cañoneo a gran distancia, habiendo empleado los alemanes sus obuses pesados que disparaban desde posiciones hábilmente cubiertas. Algunos de los vados del Aisne eran guardados por destacamentos de infantería con ametralladoras. Al anochecer, varias columnas de los tres cuerpos de ejército se extendieron a lo largo del río y la caballería regresó a la orilla S. Durante la noche y al amanecer del siguiente día, se construyeron tres puentes de pontones, y nuestras tropas pasaron el río, utilizando además un puente por el cual cruza el canal sobre el río y que no había sido destruído. A nuestra izquierda los franceses trataron de avanzar, pero el fuego de la artillería impidió el tendido de un puente de pontones en Soissons. Varias masas de infantería, sin embargo, pudieron pasar por una de las vigas laterales del puente del ferrocarril, que aun estaba en su sitio.

Durante los tres o cuatro últimos días, varias partidas aisladas de alemanes han sido descubiertas ocultas en los numerosos bosques que hay detrás de nuestra línea. En general parecen contentas de rendirse y el estado en que se encuentran puede deducirse del siguiente incidente: un oficial que marchaba a lo largo de un camino mandando una partida de caballos, recibió aviso de que algunos enemigos estaban no lejos de allí; mandó cargarles, y tres oficiales y 106 hombres se rindieron.

LOS COMBATES EN LA REGIÓN DE BELFORT

El corresponsal de *The Times* telegrafió a su periódico, con fecha 22 de septiembre, desde Belfort, en los siguientes términos:

«Desde Belfort, en la extrema derecha del ejército de oriente, he llegado a Nancy, casi en la extrema izquierda, y aquí, gracias a la bondad de las autoridades, he podido recorrer la comarca entre la ciudad y la frontera.

Todo el país ha sido un inmenso campo de batalla desde mitad de agosto hasta la fecha, y el resultado de los combates ha conducido a rechazar metódicamente a los alemanes, paso a paso, hasta la frontera, desde la cual el enemigo envía a menudo columnas de observación que baten el terreno y ofrecen considerable resistencia a nuestros ejércitos.

Contrariamente a lo dicho por varios periódicos, no ha habido ningún armisticio, y sólo durante una noche muy tormentosa el enemigo, que estaba furioso por abandonar el ataque de Nancy, bombardeó la ciudad durante una hora y media causando algunos daños materiales en los barrios exteriores y matando siete personas.

A través de toda la región, los campos, caminos, puentes, bosques, casas, iglesias—todas las obras de Dios y de los hombres—han sido muy estropeadas por granadas y el fuego de fusilería y ametralladoras. Lo mismo en los campos que en los caminos se ven los hoyos abiertos por los proyectiles, hoyos que llegan a medir tres metros de diámetro, rodeados por montones de obscura tierra. Están tan próximos los unos a los otros que parece imposible que haya ha-

bido vida humana que escapara a la destrucción. Pero las que han sufrido más han sido las pequeñas ciudades y los pueblos. No me refiero a los casos de que varias casas, a veces calles enteras y aun aldeas, han sido devastadas por el tiro de artillería, o por uno u otro de los dos ejércitos, algunas veces por los dos; esto son necesidades crueles de la guerra. Pero hay algo más terrible que el fuego de los artilleros e infantes, y es el fuego del incendiario. Aquel mata soldados, y el segundo deja víctimas inocentes sin un techo de paja sobre sus cabezas, cuando no las entierra entre las ruinas de la casa en que vivían. Ello lleva a las mujeres, ancianos y niños una pena indecible y les causa intolerables sufrimientos.

Los alemanes han destruido centenares de casas y han devastado el hermoso país de la Lorena y los alegres valles del Mosela y el Meurthe; he recorrido el país y adquirido indisputables pruebas de que esas destrucciones han sido llevadas a cabo deliberadamente y por medios especialmente dirigidos a este resultado, algunas veces sin previo aviso.

El mayor horror es el que se ofrece en la pequeña ciudad de Gerbéviller, y yo nunca olvidaré lo que allí he visto. Gerbéviller no ha sido sólo herida, sino

muerta, tan a mansalva como fué asesinada la pobre mujer cuyo esqueleto se descubría entre las aun humeantes ruinas de su casa.

Hace un mes, Gerbéviller tenía 1600 habitantes y se componía de 463 casas; hoy no quedan más que seis de éstas. El resto no es más que un montón informe de muros medio caídos, oscurecidos y solitarios, con orificios donde estuvieron las ventanas. Como la Jerusalén de los tiempos antiguos, la ciudad ha sido reducida a pavesas. El ángel de la muerte ha pasado sobre ella, y ya no quedan en ella habitaciones para el hombre.

Solo en un sitio, junto a la estación, hay todavía señales de vida humana en forma de soldados heridos y habitantes que buscan en vano el lugar que ocupaban sus casas, y entre ellos un ángel de caridad y abnegación, una monja solitaria, la hermana Julia, que durante toda la ocupación por el enemigo y el bombardeo quedó fiel en su puesto animando y consolando a los heridos y a los habitantes. Nada más. En el resto de la ciudad, entre las ruinas de la iglesia y de las casas, hasta en las calles, un espantoso silencio.»

CRONICA MILITAR

I. El ejército inglés.—II. Los submarinos.—III. El combate naval del 22 de septiembre.—IV. Operaciones navales.—V. La primera fase de la campaña en el teatro oriental.—VI. El misterio del N. E. de Francia.—VII. La situación en el teatro occidental el 4 de octubre.—VIII. Impresión final.

I.—El ejército inglés

El ejército inglés está compuesto individualmente por elementos de gran valor; el soldado suele ser más ilustrado que sus colegas de otros países, se bate bien, tiene iniciativa, abraza voluntariamente su profesión, que constituye para él un modesto porvenir, y domina el tiro y el manejo de las armas. Los oficiales tienen un elevado concepto del honor, su bravura es legendaria, no vacilan jamás en exponer la vida y están siempre dispuestos a realizar los mayores sacrificios. El generalato, dentro de la esfera en que se ha movido en la última centuria el ejército británico, es también competente y práctico en el mando. Pero, a pesar de esas favorables cualidades, el ejército inglés no puede rivalizar con el francés, ni con el alemán, ni con ninguno de los de las grandes potencias. Muchas causas conducen a este resultado.

Figuran entre ellas el voluntariado, el reclutamiento mercenario, la convicción que abriga el inglés en general que el ejército es algo que se tiene con dinero y sólo con dinero; la ventajosa situación geográfica del Reino Unido, que libra al súbdito británico de las preocupaciones militares que pesan sobre el habitante del continente; la pequeñez del ejército propiamente dicho y la abundancia de generales y planas mayores, la cual da por resultado que en Inglaterra sea necesario doble número de generales y oficiales que en otros países para mandar un contingente determinado; la falta de maniobras en grande escala; la demasiada especialización de ciertas armas;.....

No obstante, la deficiencia de aquel ejército proviene principalmente de ser la flota y no las tropas de tierra el verdadero instrumento nacional y la garantía de la seguridad y prosperidad del Imperio, y el haberse empequeñecido Inglaterra, en el concepto militar, por las incesantes luchas que viene sosteniendo hace cien años contra indios, africanos del norte y del sur, y, en general, con países que carecen de ejército; la guerra en Egipto, en las costas orientales y meridionales de Africa, en el Thibet, etcétera., no requiere las mismas cualidades que una guerra europea. Se pierde en ella la costumbre de la maniobra, se olvidan poco a poco, insensiblemente, muchos preceptos del arte militar, que son imprescindibles frente a tropas regulares, y el valor y el atrevimiento ocupan el primer puesto, con menoscabo de la ciencia y de la previsión. Nada pierde tanto a un ejército como esa costumbre de guerrear contra pueblos semisalvajes y sostener campañas irregulares de partidarios y facciosos. De ello resulta que el ejército inglés es todavía un ejército a la antigua, de mediados del siglo pasado, aunque no faltan generales que se den cuenta de los peligros que este estado de cosas entraña para la metrópoli. Lord Roberts, hace ya años, emprendió una cruzada activísima en favor del servicio obligatorio, y agotó todos los medios a su alcance—y no fueron pocos,—para que el país prestara más atención a los problemas militares, pero sus esfuerzos resultaron estériles, y probablemente nada se conseguirá en muchos años, porque el súbdito británico es refractario a todo lo que implique una prestación personal obligatoria.



La artillería rusa entrando al galope en una posición

Un ejemplo palpable de esos hábitos y modo de ser, ya pasados de moda, de aquel ejército, se encuentra, sin necesidad de aducir otras pruebas que requerirían más largas explicaciones, en el parte que dió el general French de las operaciones practicadas desde el 21 de agosto al 6 de septiembre, y que fué reproducido en estas columnas. Cuando sean conocidos los partes que han dado los generales franceses y alemanes, el lector podrá compararlos con aquél y advertirá por sí mismo las grandes diferencias que los separan de los británicos y que caracterizan, para el buen observador, a un ejército.

Leyendo, en efecto, aquel parte, se echa de ver que en él se dedica preferente atención, más que a los movimientos y operaciones de las tropas, a las órde-

nes y la intervención personal del generalísimo; pero lo que importa no es lo que ha hecho o lo que ha ordenado una persona determinada, siquiera sea ésta de tan relevante significación como el comandante en jefe del ejército, sino lo que éste ha ejecutado. Es claro que del parte real se habrán suprimido párrafos, para que no los conociera el público, pero de todos modos con lo publicado hay suficiente para formar juicio. Aparte de esa observación, se dedican largos párrafos a elogiar la conducta de todos los generales y planas mayores, deteniéndose especialmente en el personal dedicado a trabajos burocráticos y relegando al silencio o a segundo término al combatiente; no es que carezca de importancia el servicio de oficinas, porque en un ejército bien organizado



Batería alemana simulada para engañar al enemigo

no hay rueda inútil, ni se puede prescindir de ninguna de ellas, de suerte, que tan necesarios son los servicios y la intervención del modesto escribiente como los del que se bate en la línea de fuego; pero en el parte del generalísimo inglés se advierte que los elogios se concentran, sobre todo, en el personal más inmediato al comandante en jefe y se van desvaneciendo a medida que los oficiales y la tropa se apartan del mando. Y por si esto no bastara, el elogio no es particular, no se concreta a señalar determinados servicios, sino que se extiende con uniformidad por categorías, resultando que todos y cada uno han dado brillantes pruebas de su valer y que ni una excepción ha desentonado del cuadro. Ese linaje de partes ha pasado de moda y está anticuado, por lo anodino y aun por lo injusto: porque decir después de una serie de combates que todos los generales han demostrado un talento excepcional, que todos los oficiales han dado relevantes pruebas de su saber y su bravura, y que todos los soldados se han portado maravillosamente, es no decir nada; el elogio sólo merece este nombre y es plausible, y resulta halagador para el favorecido, cuando no se generaliza, sino que se concreta a hechos y personas determinadas. El ejemplo de que me he valido para mostrar el estado del ejército inglés es ciertamente trivial, pero tiene la ventaja de que el lector por sí mismo podrá comprobar la certeza de lo expuesto; claro es que hay una multitud de indicios, de un orden más formal y profundo, que conducen al mismo resultado.

Contribuye también, y no poco, a que el ejército inglés no haya progresado en la misma relación que los del continente, la falsa creencia que ha arraigado en Inglaterra de su superioridad sobre todos los países del mundo. Los periódicos militares británicos hablan siempre o casi siempre con mal encubierto desprecio de los ejércitos alemán, francés, ruso, etc., y encuentran defectos donde los demás sólo sabemos hallar cualidades. Sin hacerse cargo que no es lo mismo mover una masa de medio millón de hombres que un reducido contingente de ocho o diez mil, aquella prensa se entrega a menudo a estudios y comparaciones entre las grandes campañas napoleónicas, franco-alemana, austro-rusa, etc., con los insignificantes hechos de armas de los ingleses ante Sebastopol, con las operaciones en el Sudán o contra los boers, o con las modestas campañas (aunque la historia se empeñe en lo contrario) de lord Wellington contra Napoleón. Por otra parte, los estudios militares en Inglaterra se han particularizado demasiado en sus propias campañas, y los nombres de Balaklava, Waterloo, Bloemfontaine, Jartum, aparecen rodeados de un brillo superior a los de Sedan, Austerlitz, Wagram... A pesar de su pequeñez militar, el orgullo británico, muy envidiable en otros órdenes de la actividad, se ha empeñado en considerar inferiores a los ejércitos continentales, midiéndoles con el mismo rasero que a las masas desorganizadas de africanos y asiáticos.

Poco a poco, y pese a las exageraciones de los periódicos londinenses, Inglaterra va saliendo de su error y comienza a darse cuenta de la ineficacia de su ejército: los oficiales y soldados británicos saben luchar individualmente y mueren sin vacilar ni dar la menor muestra de desfallecimiento, pero en la guerra lo que importa no es morir, sino vencer, y

para ello es indispensable que los esfuerzos individuales desaparezcan para fundirse en el esfuerzo colectivo, que es lo que les falta a aquellas tropas.

Como es natural, los ingleses atribuyen la poca eficacia de su intervención en la presente campaña de Francia a lo corto de sus efectivos, y por todos los medios procuran aumentar el número de combatientes acudiendo a sus inmensas posesiones, colonias y dominios de todas las partes del mundo. Su error no tardará en patentizarse, porque las muchedumbres armadas, sin cohesión, organización, y un espíritu y una doctrina únicas, apenas pesan en la balanza de la guerra moderna. Verdad es que la reducida cifra de su ejército permanente es un motivo evidente de debilidad, pero el mal arranca de más lejos, y proviene, como dejo dicho, de haberse fossilizado aquel ejército, de haber permanecido extraño, ajeno, indiferente, a los adelantos y progresos que se realizaban en otras naciones. Que la Gran Bretaña pondrá remedio con mano fuerte a este estado de cosas, es indudable; pero los resultados tardarán muchos años en tocarse, y desde luego no aparecerán en la actual guerra. El poderío militar de Prusia arranca de las últimas campañas de Napoleón, y necesitó una gestación de casi cincuenta años; la reorganización militar francesa data de más treinta años; y cuenta que ambas naciones cifraron todas sus energías y aplicaron lo más saneado de sus presupuestos a los gastos militares, mientras que la Gran Bretaña ha dedicado sus preferencias, y tendrá que seguir obrando lo mismo, a la marina.

Finalmente, otra de las deficiencias del ejército inglés consiste en la cuestión de los abastecimientos, por ser aquel soldado poco frugal, y no caracterizarle la sobriedad. La gran riqueza de Francia y la proximidad de las costas inglesas han sido los motivos de que hasta ahora no se haya notado la menor consecuencia dañosa en este concepto, pero si la guerra se prolonga y, particularmente, si llegara el caso de la invasión de Alemania por los aliados, las tropas británicas aparecerían cada vez más en un estado de notable inferioridad con respecto a las francesas.

II.—Los submarinos

Data ya de muchos años la aparición de los submarinos en el terreno de la práctica; hace diez años, cuando la guerra ruso-japonesa, los nippones poseían algunos de esos barcos, pero no llegaron a intervenir en las operaciones navales, de modo que los submarinos constituían una incógnita cuando estalló la presente guerra. No faltaba quien, recordando el relativo fracaso de los torpederos, en quienes tantas esperanzas se pusieron a raíz de la construcción de los primeros, entendía que los submarinos tampoco resultarían verdaderas armas de guerra, y que sus ataques fracasarían ante los formidables elementos de defensa de las unidades de combate y los medios perfeccionados de exploración con ayuda de los proyectores, cruceros y destroyers. Los hechos han venido a demostrar que los submarinos son un instrumento formidable con el que deben contar en primer término todas las naciones que no disponen de gran poderío naval.

La ineficacia de los primeros submarinos se debía principalmente a su escaso tonelaje y a la deficiencia

de los medios de explorar las aguas próximas cuando el barco estaba sumergido. El descubrimiento, o mejor dicho, la aplicación del periscopio, que permite ver a gran distancia desde el interior del buque, el aumento de tonelaje, los motores de petróleo, y la estabilización, obtenida a costa de sensibles catástrofes, han sido otros tantos progresos que han sacado a los submarinos del terreno de la experimentación para llevarlos al de la aplicación práctica. Al mismo tiempo, se ha tendido, más que a la navegación propiamente submarina, a la sumergibilidad a voluntad, creándose el tipo de sumergible con preferencia al de submarino, aunque se les designa a los dos con la denominación del último. Se comprende, en efecto, que un barco que pueda navegar a flote y tener la facultad de sumergirse y seguir progresando bajo el agua, cuando así convenga, tiene grandes ventajas y una esfera de acción mucho más amplia que la de aquel otro construido para moverse exclusivamente bajo las olas.

Los submarinos de alta mar o de mayor tonelaje, tienen un radio de acción que llega a 2,000 millas navegando sobre la superficie y casi 200 millas sumergidos. Además, poseen la propiedad de irse a fondo y permanecer sobre el lecho de los mares un tiempo bastante grande, que ha llegado a veinticuatro horas; en tal estado, las máquinas permanecen inactivas y no se consume combustible. De suerte, que un submarino alemán que salga de las bases al S. E. de Heligoland con la plena carga de combustible, no sólo puede llegar a las costas de Escocia, sino adelantarse al canal de la Mancha e internarse en él regresando después al punto de partida, sin necesidad de reabastecerse.

Varios de los hundimientos de cruceros que hasta ahora han tenido lugar, se han atribuido a la acción de los submarinos. El crucero británico *Pathfinder* se dijo que había sido echado a pique por un submarino alemán, pero la noticia parece improbable y la opinión de los críticos navales ingleses se inclina a creer que el hecho se debió a un torpedo lanzado por un torpedero. De la misma manera, aunque el Almirantazgo británico ha dicho que el pequeño crucero alemán *Hela*, fué destruido por el submarino inglés *E. 9.*, el suceso no se ha puesto en claro, pues hay incertidumbre hasta en el lugar preciso del combate.

El 28 de agosto, los submarinos ingleses, formando parte de la escuadrilla de exploración que precedía a la flota de cruceros, contribuyeron poderosamente a que el almirante recibiera noticias exactas de la situación y formación de la escuadra enemiga y pudiera llevar a cabo el ataque que dió por resultado la pérdida de los tres pequeños cruceros alemanes. Posteriormente, los mismos submarinos no han dejado de explorar el mar, recorriendo constantemente en todos sentidos las aguas peligrosas. Alguno de ellos, lo mismo alemán que británico, se dice que ha sido echado a pique por la acción de los barcos del adversario, pero no ha podido comprobarse el rumor, porque es difícil saber si el torpedo que ha producido efecto en el blanco ha sido disparado por un submarino o por un torpedero. Util asimismo ha resultado la intervención de los submarinos en los trabajos de salvamento de las tripulaciones de los barcos destruidos por accidente o en un combate na-

val, porque el escaso relieve de tales barcos sobre el agua y su poca visibilidad les permite entrar en la zona peligrosa corriendo menos riesgo que los barcos, de alto bordo. Hasta ahora, aunque se ha dicho que varios submarinos han sido echados a pique por el fuego de los barcos enemigos, el único caso comprobado es el de un submarino alemán que fué destruido por el crucero inglés *Birmingham* el 9 de agosto; no pudo substraerse el barco alemán al tiro del crucero, por haber perdido uno de sus periscopios y quedado en deficientes condiciones de visión; no ha llegado a explicarse el motivo de que dicho submarino se viese privado de su periscopio, de suerte que, en resumen, nada puede asegurarse en concreto sobre la acción que los submarinos tuvieron en la primera fase de la guerra.

III.—El combate naval del 22 de septiembre.

El 22 de septiembre, poco después de amanecer, los tres cruceros acorazados británicos, de 12.000 toneladas, *Aboukir*, *Hogue* y *Cressy* patrullaban en línea de fila, con intervalos de dos millas, cerca de las costas de Holanda. Al llegar a 20 millas al N. O. del Hook-of-Holland, los descubrió el submarino alemán *U. 9.*, mandado por el teniente de navío Otto Weddigen, quien consideró muy oportuna la ocasión para atacar al enemigo, cuyas maniobras daban a comprender que no había advertido la proximidad del submarino. El firmamento estaba despejado y la mar era gruesa. El submarino se sumergió y avanzó hacia el centro de la línea enemiga, disparando, a las 6 y 20 minutos, un torpedo contra el *Aboukir*; éste se inclinó bruscamente, y comprendiendo los capitanes de los otros dos cruceros que aquel se iba a pique, estrecharon las distancias, continuando el *Hogue* en cabeza y acercándose el *Cressy* a 400 metros a babor del *Aboukir*; todos los botes y chalupas fueron echados al agua, para salvar a la dotación del crucero inutilizado. Apenas comenzada esta maniobra, el *Hogue* recibió dos torpedos, con pocos segundos de intervalo, y comenzó a hundirse rápidamente. Inmediatamente de ser herido el *Hogue* se descubrió desde el *Cressy* un periscopio, a unos 300 metros a proa, y el barco rompió el fuego, a la vez que se ordenaba acelerar su marcha para escapar del peligro; los oficiales y marineros que había en el puente creyeron que el submarino había sido inutilizado, y entonces el *Cressy* volvió al lugar donde se hundían los otros dos cruceros, para socorrer a las tripulaciones. Vióse otro periscopio a 500 metros un cuarto a estribor, y casi enseguida chocó un torpedo contra el costado de estribor (eran las 7 y 15 minutos); un segundo torpedo pasó sin tocar al crucero, pero a las 7 y 30 un tercer torpedo alcanzó el cuarto de máquinas número 5, y el *Cressy* se fué a pique. Parte de las tripulaciones, un poco más de un tercio del total, fué recogida por los vapores holandeses *Flora* y *Titán* y un vapor pesquero inglés. El submarino alemán regresó sin novedad el 23 a su base, al S. E. de Heligoland. Una hora fué suficiente para que un insignificante barquito hundiera en el fondo de los mares a tres cruceros acorazados y perdieran la vida unos 1500 hombres.

Esta primera demostración práctica de la eficacia

de los submarinos, ha despertado, como es natural, grande emoción en Inglaterra. El Almirantazgo no tardó en dictar órdenes terminantes, prescribiendo en esencia: 1.º que cuando un barco de alto bordo sea averiado en acción de guerra se abstengan los demás de su clase de prestarle auxilio, tarea que debe correr a cargo de los pequeños cruceros, destroyers y torpederos; y 2.º que en lo sucesivo no se aventuren jamás los grandes cruceros y acorazados en aguas peligrosas, a menos de ir precedidos y acompañados por las necesarias escuadrillas de barcos pequeños a quienes incumbe garantizar la seguridad de las unidades de combate. Además, la Gran Bretaña ha comenzado a fondear torpedos sumergidos en las rutas marítimas que pasan cerca de Heligoland y del litoral alemán del mar del N. y probablemente también al N. O. de las de Holanda.

responde en partes iguales a la máquina, al mecanismo, y al hombre que le dirige, y acaso aun más a éste que a la primera, confirmándose el eterno principio de la guerra, lo mismo en tierra que en el mar, según el cual es el hombre el factor primordial y decisivo.

IV.—Operaciones navales

La flota francesa, compuesta de unas cuarenta unidades, entre barcos grandes y pequeños, bombardeó Cattaro, el 10 de septiembre, con escaso resultado. Después se dirigió a Lissa, cañoneando y causando destrozos en el faro y el semáforo. A las 5 de la tarde del 12, la escuadra hizo rumbo al mar y desapareció. No se intentó el desembarco.



El Kaiser con su cuartel imperial. (A la izquierda del Emperador, el general von Moltke)

En los combates y reconocimientos de agosto tomaron parte submarinos alemanes y británicos, sin que ninguno de ellos consiguiera realizar el menor hecho saliente. En la acción del 22 de septiembre, el olvido de las precauciones militares, pospuestas al afán de salvar a los camaradas—así lo ha declarado el Almirantazgo—favoreció los ataques del submarino alemán, porque es probable que si el *Hogue* y el *Cressy* se hubieran mantenido a distancia del *Aboukir* y prestos a romper el fuego, el desastre no tuviera tan graves consecuencias; pero, de todos modos, es de admirar el temple de alma del teniente *Weddigen*, que desconocía la maniobra que ejecutarían aquellos dos cruceros; en lugar de huir después de echar a pique al *Aboukir*, el marino alemán, desafiando el tiro que se le dirigía y corriendo a una muerte de la que escapó por milagro, permaneció en el lugar de la acción y aprovechó la confusión encendida en los barcos enemigos para asestarles un golpe mortal; de suerte que el éxito del ataque co-

V.—La primera fase de la campaña en el teatro oriental

Al iniciarse la campaña, los rusos distribuyeron las fuerzas de que podían disponer, en cinco ejércitos: dos que lanzaron contra la Prusia Oriental y tres que tomaron la ofensiva contra los austriacos. Los dos primeros ejércitos (seis cuerpos de ejército, unos 160 a 200 mil hombres) se movieron, el uno, mandado por el general Sansonov, en el frente Soldau-Allenstein, y el otro, a las órdenes del general Rennenkampf, en la línea Gerdauen-Gumbinnen, en dirección de la plaza fuerte de Koenisberg. Los tres ejércitos del S., quince cuerpos, al parecer, con un total de medio millón de hombres, desplegaron en la línea del Bug, contra los austriacos, que habían ya pasado la frontera y se internaban en la Polonia.

Los dos ejércitos del N. no tropezaron con seria resistencia en los primeros días y arrojaron atrás a los destacamentos alemanes que cubrían la fronte-

ra. Pero los generales rusos cometieron un error gravísimo que les costó caro: en lugar de enlazar las operaciones de ambas masas y de concertar su acción sobre un objetivo único, dirigieron la del N. sobre Koenisberg, mientras la del S. marchaba directamente al O.; además no se preocuparon de cubrir la frontera, entre Varsovia y Posen, con fuerzas suficientes para detener a los alemanes; de suerte que en cuanto el general alemán, von Hindenburg, comandante en jefe del ejército de Prusia Oriental, advirtió que no amenazaba ningún peligro por el centro, concentró casi todas sus tropas disponibles (tres cuerpos, 120 mil hombres) y cayó sobre el ejército del S., destruyéndolo prácticamente; al mismo tiempo, las tropas de Koenisberg (un cuerpo de ejército) se lanzaban al encuentro del general Rennenkampf, que resultó así atacado, del 7 al 10 de septiembre, por ellas

probablemente, que si triunfaban en esta dirección quedaría paralizado el avance del enemigo en el sector S. o sea el de Galizia; estos cálculos resultaron fallidos, porque los refuerzos rusos se encaminaron casi en su totalidad a la Galizia, a la vez que nuevas tropas, aunque menos numerosas, se incorporaban a las de Lublin, a donde también se dirigía el ejército del centro. Como consecuencia, viéndose los austriacos con el flanco derecho desamparado, descubierta el izquierdo a los ataques que tal vez les dirigiera otro ejército enemigo que se moviera hacia Varsovia, detuvieron la ofensiva y retrocedieron lentamente desde Lublin al Vístula, en la dirección del S. O. Como consecuencia de la concentración del grueso ruso en la parte meridional de Polonia, y de la derrota de Lemberg, los austriacos suspendieron sus operaciones activas contra Serbia, de donde lla-



El Czar presentando un icono (imagen sagrada) a sus tropas, antes de marchar éstas a la guerra

y por las avanzadas del grueso alemán, que se habían rebatido hacia el N. después de destrozar el 1.º del mismo mes al ejército de Samsonov; Rennenkampf fué también derrotado, pero pudo salvarse gracias a la rápida retirada que emprendió así que advirtió el movimiento envolvente de los alemanes.

El grueso de los rusos se concentró en el S. de la Polonia, en el Bug como queda dicho, distribuyéndose en tres masas: la de la derecha fué derrotada por los austriacos en la línea Cholm-Lublin; la del centro se mantuvo algo retrasada para acudir a donde fuera más necesaria su presencia, y la del S. o ala izquierda se puso en contacto con la derecha austriaca, a la que derrotó el 2 de septiembre en Lemberg.

Creuyendo acaso los austriacos que los rusos no tomarían tan pronto la ofensiva, habían destacado cinco cuerpos de ejército a las fronteras de Serbia, de suerte que el ejército que operaba contra los rusos no alcanzó superioridad numérica; la masa principal la situaron al N., frente a Lublin, juzgando,

maron a dos cuerpos de ejército para trasladarlos a Galizia. Los rusos por su parte apoyaron todavía más al S., y por el E. y por el N. avanzaron sobre Przemysl, derrotando antes a la columna austriaca que se encontraba en Jaroslav.

En este estado se hallaba la guerra cuando Alemania resolvió llevar doce cuerpos de ejército desde el teatro de Francia a la frontera rusa.

Dado el enorme frente de la Polonia rusa (500 kilómetros) no hay peligro inmediato en el avance contra el ejército austriaco, aunque los alemanes logren ventajas en el N., porque antes de acudir éstos al S. pueden los rusos haber coronado sus operaciones con la toma de Cracovia, posición interesantísima que abre el camino de la Silesia y permite moverse a voluntad lo mismo contra Austria que contra Alemania. Y como al principio de la guerra los alemanes no tenían fuerzas suficientes en este teatro para emprender operaciones serias, se comprende que el gran cuartel ruso creyera que bastaba

oponer un pequeño ejército en la región del N. y llevar las fuerzas principales contra los austriacos. Pero la rápida decisión de los alemanes transfiriendo medio millón de hombres al teatro oriental, cambia los términos del problema y la guerra ha de planearse de otro modo.

Examinando un mapa del teatro de la guerra, se advertirá pronto que en una región tan inmensa y en la que los buenos caminos son contados, la maniobra estratégica tiene por lo menos tanta importancia como el choque táctico material, y que con sólo la primera, si tiene éxito, puede paralizarse la ofensiva enemiga en puntos sumamente alejados.

Si los alemanes pudieran apoderarse de Vilna, el ejército ruso del S., el que opera contra los austriacos, quedaría prácticamente cortado de la base y sólo tendría a su disposición las líneas que comunican con el mar Negro, necesitándose un gran rodeo para enlazar con el interior del Imperio. En tales condiciones, la ofensiva rusa hacia Cracovia, sería extremadamente arriesgada, porque además de tropezar con la resistencia de los austriacos, se exponería a los ataques de flanco que por el N. pudiera emprender cualquier ejército alemán de nueva formación. Por consiguiente, se deduce que en el N. el objetivo de los alemanes es Vilna, cubierta por los restos de los ejércitos rusos derrotados en los primeros días de septiembre, reforzados con algunos otros cuerpos que a toda prisa han sido llamados del interior del Imperio. Es difícil evaluar la fuerza de esta masa, pero aunque al referirse a Rusia se acostumbra exagerar las cifras, un cálculo prudente limita a unos seis cientos mil rusos el efectivo máximo que éstos habrán podido reunir en el N. de Polonia o que reunirán en toda la primera mitad de octubre. En el resto de la Polonia, entre destacamentos, guarniciones y fuerzas de observación, no hay más que unos cien mil hombres; en cambio en la región del Vístula y San, los efectivos iban siendo constantemente aumentados y excedían de 600.000 hombres a últimos de septiembre.

Agrupando en cuerpos algunas divisiones de reserva, los alemanes han formado cuarenta cuerpos de ejército en vez de los veinticinco que tenían en tiempo de paz. De los cuarenta hay veinte o veintidós en la frontera rusa y diez y seis o diez y ocho en Bélgica y Francia, quedando los otros dos en el interior del país. Hay que contar además, con las divisiones de landsturm y con cuerpos de voluntarios, cuyo destino y agrupación se desconocen en absoluto. Admitiendo, pues, que Alemania tenga veinte cuerpos cerca de la Polonia, podrá operar contra los rusos con un efectivo de más de ochocientos mil hombres. Esta masa se ha dividido en tres ejércitos: el del N., muy importante, que parece se dirige al Niemen, por Grodno, para inclinarse luego al S. o en la dirección de Vilna, según aconsejen las circunstancias; el del centro, el menor, que cubre la frontera y ha de cooperar en la maniobra del primero, deteniendo y conteniendo a las tropas rusas de Polonia o a una parte del ejército enemigo del S., que acaso se dirija en apoyo de los de Samsonov y Rennenkampf; y el del S., que tratará de concertar su acción con la de los austriacos para derrotar al enemigo que se mueve en Galizia y el Vístula superior. En este último sector, los austriacos pueden

oponer al adversario una masa de doce a catorce cuerpos, o sea unos 400 a 500 000 hombres, pues han de hacer frente a los serbios, necesidad que les obliga a inmovilizar cuatro o cinco cuerpos en la frontera de la Bosnia y Herzegovina, y vigilar las fronteras italianas y el litoral.

De estos cálculos, que sólo son aproximados, resulta que los aliados dispondrán a partir del día 8 ó 10 de octubre (cuando ya estén en línea los refuerzos alemanes) de igual fuerza numérica que los rusos, equilibrio que se mantendrá en tanto no lleguen a este teatro de la guerra los demás ejércitos de que puede disponer Rusia; esto no tendrá lugar, verosimilmente, hasta dentro de dos o tres meses, o tal vez más si se tiene en cuenta que el invierno ya no está lejano y que en esta estación las comunicaciones son muy difíciles en Rusia. Por consiguiente, Austria y Alemania pueden abrir en buenas condiciones una campaña de dos meses, que tendría como consecuencia el inutilizar a Rusia hasta la primavera del año próximo. En la guerra, sin embargo, no ha de contarse demasiado con la superioridad de fuerzas, sino con otros factores a los que me he referido repetidamente; hasta ahora, la superioridad de los alemanes sobre los rusos ha sido evidente, aun teniendo aquellos menos fuerzas materiales; los ejércitos austriaco y ruso han quedado militarmente equilibrados, notándose un poco de ventaja, escasa, pero alguna, a favor de los rusos. Teniendo esto en cuenta, no sería extraño que Alemania tratase de utilizar todos los medios que le conduzcan a la terminación pronta y feliz de la campaña, y en tal concepto acaso tengan lugar algunas operaciones en el litoral ruso del Báltico.

La actitud de Turquía y también la de Rumanía dependen de cómo se desarrolle la campaña que ha comenzado ya en su fase preliminar; esto pudiera ser motivo de que Alemania concediera más interés a la región del S., Volhinia, que la que merece desde el punto de vista exclusivamente militar.

Entre tanto y mientras no aparezcan claros los movimientos de los ejércitos alemanes que van a entrar en línea, el ejército ruso de Galizia se abstendrá de emprender rápidas marchas, aunque su adversario no le oponga resistencia; su verdadero interés está en asegurarse una firme posición en Galizia y aun un poco más al E. (Cracovia), para ocupar una situación central contra todos los ejércitos de los aliados. A mi juicio, no obstante, Rusia habrá advertido hace días que el peligro le amenaza por otra parte y a él sin duda habrá llamado la casi totalidad de las fuerzas disponibles. Si ha obrado así sin pérdida de tiempo debilitando el ejército del S. para reforzar el del N., los alemanes tendrán que habérselas con una masa tan fuerte o un poco más que la suya propia.

VI.—El misterio del N. E. de Francia

Hace ya un mes que el Gobierno de Burdeos da a conocer dos o tres veces al día, en comunicados oficiales, la situación de los ejércitos de operaciones en la región del N. y describe más o menos confusamente el desarrollo de la batalla que están librando contra los alemanes, primero en el Marne, luego en el Aisne, en el Oise y aun más al N. En todos esos

comunicados se declara, casi siempre con idénticas palabras, que no ocurre novedad en los Vosgos y en Lorena, y se omite toda noticia sobre lo que pueda acontecer entre Verdun y Toul. Sin embargo, está ya fuera de duda que, por lo menos hasta el 25 de septiembre, se libraron continuos y encarnizados combates en todo el frente que se extiende desde Belfort al N. de Nancy, siendo rechazada la ofensiva francesa y fracasando después el contraataque de los alemanes, de suerte que los dos ejércitos quedaron casi en las mismas posiciones que al comenzar la guerra; Nancy fué vigorosamente atacado a primeros de septiembre, pero el campo atrincherado resistió y los alemanes hubieron de replegarse; el ataque no revisió más que los caracteres de un asalto a viva fuerza precedido por un violento cañoneo con piezas ligeras y pesadas de campaña.

Desde Nancy al S., o sea en la región de los Vosgos y Alsacia, las operaciones a que pueden entregarse los franceses carecen de importancia, por tratarse de un teatro secundario, alejado de los puntos vitales del enemigo y fácil de defender a partir de la línea del Rhin; únicamente en el caso de que la ofensiva de los aliados en Lorena diera buenos resultados convendría apoyarla y completarla con la dominación de la Alsacia, que caería con poco esfuerzo. En cuanto a los alemanes, las escasas fuerzas con que cuentan en Francia les vedan emprender el ataque por Belfort o por Nancy, aunque uno y otro objetivo abrirían caminos excelentes para apoyar la invasión del N. y aun podrían llegar a ser principales líneas de invasión. Se comprende, por lo tanto, que la lucha en esta región haya quedado indecisa y que ninguno de los dos beligerantes tenga interés en gastar sus fuerzas y energías en dicha comarca. Es probable que la actividad de los alemanes en los Vosgos tuviera como fin retener a su frente al mayor número posible de tropas francesas para que no marcharan a reforzar el ejército que lucha en el N.

No sucede lo mismo con la región de Lorena, desde Strasburg a Luxemburgo, porque ella representa la parte más vulnerable del territorio alemán fronterizo y el lugar por donde la ofensiva francesa tropezaría con menos obstáculos naturales y podría obtener más rápidos y decisivos resultados. El avance victorioso, en efecto, al S. de Metz y la marcha subsiguiente hacia el N. E. de los aliados amenazaría las comunicaciones de todo el ejército alemán del N. y le obligaría a replegarse o a efectuar una gran conversión que abriría la frontera de Bélgica; esta maniobra tendría para los aliados la enorme ventaja de apoyar la ofensiva en los campos atrincherados del E., con su retirada asegurada y la libre comunicación con las bases.

Desde mucho antes de la guerra los franceses acariciaban la idea de atacar a Alemania en este sector y sus primeras operaciones se enderezaron, como se recordará, a romper la resistencia del enemigo al S. de Metz, sin conseguirlo, antes bien siendo rechazados más al O. de la frontera. Pero en aquella época, segunda quincena de agosto, los alemanes tenían dos ejércitos en Lorena (el del príncipe real de Baviera y el del príncipe imperial de Alemania) y uno en Luxemburgo (el del príncipe de Wurtemberg) y contaban por consiguiente con fuerzas bastantes para hacer frente a los avances de los franceses. A partir de

los primeros días de septiembre, no ha quedado en Lorena más que un ejército alemán. al parecer, y el grueso de sus fuerzas opera desde Verdun al N. O. cubriendo la frontera de Bélgica. Los franceses tenían en el E. al ejército del general Pau, el cual era más numeroso que el enemigo y estaba con su espalda mejor apoyada, y sin embargo han desdeñado este sector, que es el que brinda más positivas ventajas, para acumular sus esfuerzos en el Oise y el Aisne.

Tal como se ha desarrollado la ofensiva de los aliados, su triunfo, si lo obtienen, no conducirá a otro resultado que a rechazar a los alemanes hacia los Luxemburgos y descubrir el camino de Bruselas, pero aun éste quedará expuesto a los ataques de flanco de los enemigos; en consecuencia, la victoria de los aliados en la serie de batallas que se están librando desde el 6 de septiembre no podrá terminar con un éxito decisivo: continuarán los alemanes con el paso abierto a Francia y bien situados para reanudar la ofensiva en cuanto reciban refuerzos, sin dejar de ocupar una situación realmente amenazadora contra cualquier masa de los aliados que se aventure a moverse en Bélgica. No obstante, el general Joffre abandona la región que le ofrece resultados más decisivos (la Lorena) y pronuncia sus ataques en otra, aunque para ello se ve obligado a prolongar excesivamente su línea de operaciones hacia el N., que va siendo ya demasiado larga; prescinde del auxilio de sus plazas fuertes y se mueve lejos de ellas, teniendo que operar en un terreno de fácil defensa y cortado por ríos no despreciables. Es muy posible que si las energías que han derrochado los aliados en el Aisne las hubieran empleado en Lorena, la guerra hubiera tomado otro giro.

¿Qué motivos han inducido al general Joffre a adoptar este plan?

El ejército del general Pau no debe estar en la línea de plazas del E., sino que su mayor porción se habrá incorporado al ejército del N.; de otro modo no se comprendería que se mantuviera inactivo frente a un enemigo inferior en número una masa considerable, mientras el resto del ejército de operaciones se bate días y semanas en otro sector. En otro concepto, ahora es cuando se ve la habilidad de los alemanes durante la retirada del Marne, que efectuaron llamando la atención de los aliados hacia el O., y conduciéndoles a la situación inicial de la batalla del Aisne, con el ala izquierda franco-inglesa muy empeñada y lejos de Verdun; para operar en Lorena hubiera sido menester romper la batalla y trasladar el centro de gravedad del ejército entero hacia el E., maniobra difícil y expuesta frente a un adversario que no se limita a rechazar los ataques sino que se vale de la ofensiva siempre que la ocasión es favorable; pero esta conversión fuera fácil en las jornadas del 7 al 12 de septiembre, cuando la derecha alemana se replegaba rápidamente procurando perder el contacto con los aliados; los alemanes supieron conducir a su enemigo al campo de batalla que les convenía, y los aliados no se dieron cuenta del engaño, acudiendo a donde les llamaban y no a donde les convenía a ellos; tal es la consecuencia.

Pero pueden haber influido otros motivos en la decisión del generalísimo francés: la organización al S. de Metz de una fuerte posición defensiva en la

que los alemanes consiguieran detener el avance del enemigo, aun contando éste con fuerzas muy superiores; el deseo de llevar la guerra a un país extraño, Bélgica, y obtener la ventaja de orden moral y trascendencia política de arrojar al invasor del suelo de Francia; tal vez el anuncio hecho por Inglaterra de desembarcar un ejército, compuesto por los elementos que llegan de las posesiones y colonias, en las costas de Bélgica para dar la mano al de Joffre y operar de concierto con él. Esta última hipótesis se compagina mal con la tranquilidad con que está desarrollando su acción el ejército alemán que ha puesto asedio a Amberes, toda vez que el transporte de la artillería de sitio es labor lenta y delicada y su rápida retirada punto menos que imposible, y no expondrían los alemanes sus morteros de 42 centímetros, que tan buenos resultados les están dando y que constituyen uno de sus mejores elementos de guerra, en las líneas de contravalación de Amberes si abrigaran el menor temor de tener que levantar el sitio de este campo atrincherado.

Como quiera que sea, el punto más oscuro es el del asedio de Verdun. Para los franceses tiene Verdun una importancia tan grande como para sus enemigos. Caída la plaza, Alemania no necesita ya llevar su línea de comunicaciones por Bélgica, sino que la desarrollará naturalmente por Metz y Verdun y el peligro para Francia será inmensamente mayor; perdida Verdun los franceses habrán de inmovilizar fuerzas considerables para observar y proteger la gran brecha abierta en su frontera del N. E. y las operaciones que realicen, tanto en Lorena como en Bélgica, serán amenazadas de flanco. En una palabra, gozarán los alemanes de todos los beneficios de una posición central fuerte y buena que les dará libertad de movimientos en todas direcciones. Siendo esto así, ¿cómo se concibe que mientras los aliados han atacado la línea del Aisne sacrificando millares de hombres en combates infructuosos, no ejecutaran ningún esfuerzo para libertar a Verdun de los asaltos de los alemanes? ¿Cómo se explica que en esta región de Verdun no hayan tenido lugar combates violentos y que el general Joffre presenciara impasible los progresos que iba realizando el sitiador contra la plaza? Es imposible admitir que el generalísimo incurriera en tan gran torpeza, y por consiguiente ha de concluirse que en los partes oficiales franceses se ha suprimido deliberada y persistentemente lo referente a la acción, de seguro enérgica y violenta, que ha tenido lugar alrededor de Verdun.

VII. — La situación en el teatro occidental el 4 de octubre

No distraendo la atención de Verdun, que es el punto más importante del teatro de la guerra, hoy por hoy, se comprende la energía con que el centro y la izquierda alemanas han rechazado en el Aisne todos los ataques de los aliados: el repliegue de aquella porción de la línea alemana hubiera dejado al descubierto la contravalación del campo atrincherado y el sitio hubiera tenido que interrumpirse; en cambio, el ala derecha de los alemanes no tenía que cubrir

ningún objetivo de interés especial y se ha ido replegando lentamente, mejor dicho, estaría inclinándose poco a poco hacia el N. E., para enlazarse con las tropas de Bélgica y constituir un inmenso frente que se prolonga hasta Bruselas, frente ante el cual van desfilando los aliados sin encontrar nunca, como es natural, el extremo de la línea alemana. Sellada la suerte de Verdun, no había ya motivo para que la derecha francesa concluyera de agotarse en ataques estériles, y de hecho el combate ha quedado en suspenso en todo el Aisne; la izquierda de los aliados continúa su movimiento, que no puede llamarse envolvente, sino de prolongación de la línea, hacia el N. Esta maniobra resulta sumamente arriesgada, porque cuanto más larga sea la línea tanto menos fuerte resulta y menos resolutiva será su acción. No se ve por el momento cual sea el objetivo que persigue esa ala. Tal como está ahora, suponiendo que digan verdad los partes franceses, el ejército aliado, forma una especie de ángulo casi recto, con el vértice en Noyon y uno de sus lados dirigido hacia el E., por el Aisne, y el otro hacia el N.

Se va perdiendo, así, la facilidad de concentrar los esfuerzos y se correrá la eventualidad de que el ala izquierda sea envuelta por las tropas alemanas de Bélgica, en lugar de ser ella la envolvente. Es una situación militar falsa e insegura, que sólo puede consolidarse si ha desembarcado o va a desembarcar un ejército británico en el litoral de Bélgica; de lo contrario, únicamente sería admisible concediendo que las fuerzas alemanas sean sumamente inferiores en número, y todos los indicios son de que este desequilibrio de fuerzas, si bien está a favor de los aliados, no es tan grande, sin embargo, que justifique la imprudencia que se deduce de la situación tal como la presentan los comunicados oficiales.

VIII. — Impresión final

La batalla del Aisne terminó, de hecho, el día 14 de septiembre, fecha a partir de la cual los alemanes tomaron de nuevo la iniciativa en el sector de Verdun, mientras los aliados se empeñaban en envolver lo que creían a la derecha del enemigo.

Han comenzado las operaciones en Rusia, donde los ejércitos austro-alemanes han iniciado la ofensiva, en el distrito de Grodno, por el N., y en el sector de Cracovia, por el S. El día 5 aun no habían entrado en acción todas las masas alemanas.

Ha sido rota la primera línea de fuertes del campo atrincherado de Amberes, y el defensor ha tenido que replegarse, por el S., a la segunda.

JUAN AVILÉS

Teniente Coronel de Ingenieros

7 octubre 1914

ERRATA

Por error material se puso en el Mapa del teatro de la Guerra de Polonia (repartido con el cuaderno 11) Escala de 1 : 200.000, debiendo decir, Escala de 1 : 1.200.000.